

Homenaje a Aurelio Peccei

A petición del Capítulo Español del Club de Roma, la Comisión Nacional Española de Cooperación con la UNESCO ha propuesto, a título póstumo, a Aurelio Peccei, recientemente fallecido, como candidato al Premio UNESCO de Educación para la Paz, 1984.

Por su interés, publicamos a continuación dos artículos sobre este gran hombre, aparecidos, respectivamente, en los diarios "ABC" y "El País".

"AURELIO PECCEI, EL CORAJE"

por Federico Mayor Zaragoza (1)

Aurelio Peccei, el fundador y presidente del Club de Roma, ha muerto. Desaparece con él uno de los personajes mundiales contemporáneos que más denodadamente han proclamado, peregrinando por todo el mundo, que la condición humana puede, aún, a una, puede ser dueña de su destino. Que la complejidad, globalidad y celeridad de los acontecimientos que caracterizan nuestros días, así como de las tendencias que pueden establecerse, presentan unas magnitudes sin precedentes en la historia, pero que, al mismo tiempo, el hombre posee, si sabe utilizarlos con sabiduría, los recursos intelectuales y materiales a la altura de las amenazas y de los retos presentes. Peccei ha sido un permanente oteador turbado pero espe-

(1) Catedrático, ex-Ministro de Educación, ex-Director General Adjunto de la UNESCO.

ranzado. Su clarividencia no lograba anonadarle porque iba pareja, y aún superada, con su temple extraordinario.

Estaba firmemente convencido de que para esperar no hay que aguardar. Bien al contrario, hay que salir al camino. Hay que avanzar, porque el futuro debe esculpirse cada día: es la gran obra de la humanidad y la expresión de su responsabilidad en cada momento histórico en relación a las generaciones venideras. Hay que avizorar, hay que mantener con fuerza e ilusión una actitud prospectiva para anticiparse, para lograr no verse sorprendido por los hechos, para que el hombre no vaya a la deriva. Por ello, debe conocer. Debe saber el rumbo. En último término, es en la educación en donde se halla la solución de todas las injusticias y desigualdades. La crisis no es de "equipamiento técnico", sino humano. Lo que se necesita es invertir en capacidad intelectual. La ignorancia es tanto más peligrosa cuanto mayores son los recursos técnicos que el hombre puede manejar indebidamente. La utilización sabia del saber: he aquí una de las claves más importantes para un futuro más justo. "No hay otra forma de cambiar el sentido de la situación mundial que mejorando la preparación del hombre", escribió en el prólogo del libro "Aprender, horizonte sin límites". Y añadía: "El Club de Roma hizo pública, en 1972, una provocativa presentación de los límites exteriores que reducen nuestras posibilidades de crecimiento material en un planeta finito. Ahora se presenta este estudio sobre los márgenes interiores, que existen dentro de nosotros mismos y representan un potencial inagotable de progreso".

Una educación que confiera a todas las mujeres y hombres, de manera permanente, el conocimiento de la naturaleza, de los contextos culturales, sociales y económicos en que viven, y de las libertades, derechos y deberes que les son propios. La defensa de los valores, de los fundamentos éticos; la consideración y propuesta de solución de los problemas que nos aquejan desde una perspectiva moral: esta era la esencia del mensaje que pregonaba infatigablemente. Y cuando los obstáculos parecían insuperables, cuando todos pensábamos que los objetivos que perseguíamos eran inalcanzables, que ya no era todavía, Peccei hacia realidad el impresionante verso de Alexandre, que tantas veces repito: "Alzad un cuerpo riente, una amenaza de amor!"

En todos sus planteamientos figuraban en primer lugar los más débiles, los más desatendidos, los que sufren mayores precariedades. Siempre mostró una especial atención a los habitantes del medio rural y periurbano. Era consciente de que el paso de una sociedad rural a la vida de la gran ciudad implica una nueva concepción del tiempo y del espacio, de las relaciones humanas y de los hábitos, que producen con gran frecuencia trastornos de secuelas irreversibles.

Aurelio Peccei preconizó el bienestar y no la riqueza, el desarrollo del potencial intelectual de toda persona y no simplemente el crecimiento

económico de las naciones. Sabía que las nuevas coordenadas y las aspiraciones de los pueblos no se construyen y satisfacen únicamente con medios materiales, sino con el vigor y la lucidez del espíritu.

Y la paz como premisa. Sólo en un marco de pacífica convivencia puede desvelarse el inmenso caudal de la creatividad humana. Sólo en él puede la ciencia, árbol del bien y del mal, según se emplee, proporcionar al hombre sus inmensos y beneficiosos resultados. Sin embargo, no se están siguiendo —lo que le producía una consternación e inquietud extremas— las vías de la paz, sino las de la guerra.

El último discurso que tuve la ocasión de oírle fue en Bogotá, el pasado mes de diciembre. Se titulaba "En busca de una senda hacia la paz y el desarrollo". "Nunca las alternativas del hombre fueron tan universales como ahora y tuvieron tan grave carácter, porque nunca antes fue tan ilimitada su capacidad para crear y construir, ni su poder de destrucción tan absoluto como son ahora. De aquí en adelante, todo dependerá fundamentalmente de si el hombre escoge estar en paz o en guerra consigo mismo y con su mando... Es evidente que necesitamos una nueva filosofía de la vida para escapar de nuestra propensión a la violencia y reemplazarla por el sereno y responsable conocimiento de que nuestra situación ha cambiado y de que debemos restaurar el equilibrio y la armonía en nosotros mismos y en nuestro planeta... El imperativo de paz y no violencia es el principal de los "pilares de sabiduría" sobre los que la nueva filosofía debe establecerse: la solidaridad mundial y la cooperación son los únicos medios para abrir caminos hacia la paz, hacia la erradicación de la violencia". Para ganar la guerra, Napoleón emplazaba el bastón de mariscal en la mochila de cada soldado francés. Peccei sabía —y se despulsaba proclamándolo— que para ganar la paz hay que hacer algo todavía más difícil: llenar de solidaridad, de comprensión y de cercanía la mochila de cada hombre.

Aurelio Peccei ha muerto con los ojos puestos en 1985, Año Internacional de la Juventud. La juventud, "única esperanza para el porvenir de la humanidad", como reza la dedicatoria de su libro. El Club de Roma ha puesto en marcha, hace cinco años, a iniciativa suya, el programa Forum Humanum, en el que mujeres y hombres jóvenes de todo el mundo, que hayan destacado por sus actividades e interés en relación a los grandes problemas mundiales, comunicarán el resultado de sus trabajos y pondrán sus recomendaciones. Peccei confiaba en la inspiración y capacidad ejecutiva de la juventud ilusionada. En una juventud alerta. Cuando se resentía de la frialdad —cuando no aspereza y destemplanza— con que respondían algunas instancias oficiales a las que se dirigía, recobraba la confianza pensando en la fuerza indomable de la savia joven: "ellos lo harán". Porque creía, como él mismo escribió, que eran capaces de "elevar la mirada hacia más amplios horizontes, como se requiere en estos tiempos de transiciones radicales".

El Club de Roma, la gran obra de Peccei, constituye "un corazón plural", como diría Ortega. Un corazón hoy especialmente conmovido, pero palpitante por el recuerdo de su ejemplo. Aurelio Peccei, el coraje, la clarividencia. Una vida desvivida por "el otro", en favor de la inmensa grandeza de la condición humana. La última vez que le ví, me dijo: "Hay que intentarlo, a pesar de todo, para que todos podamos decir que hemos aportado un grano de arena a la convivencia pacífica, a la justicia". La aportación de Aurelio Peccei es de tales magnitudes que permanecerá como patente e indeleble foco de orientación.

AURELIO PECCEI: NOTAS PARA UNA SEMBLANZA

por Ricardo Díez Hochleitner (1)

La desaparición el pasado día 14 de marzo, de Aurelio Peccei, italiano de 75 años, inspirador, creador y presidente del Club de Roma, ha producido consternación en los medios nacionales e internacionales de la cultura, de la economía, de la investigación y de la industria. Esta pérdida ha sido particularmente sentida por el Capítulo Español del Club de Roma, cuyo presidente, autor del presente artículo, ha enviado una carta a todos los miembros en la que explica que el mundo ha perdido no sólo al líder y al amigo sino sobre todo a una de las máximas figuras mundiales porque fue particularmente sensible a los graves problemas de la humanidad y supo ver siempre y por encima de todo un futuro con esperanza.

El mundo ha perdido una de las figuras de mayor talla humana e intelectual. Aurelio Peccei fue testimonio y luminaria de nuestro tiempo.

En el seno del Club de Roma, del que fue y seguirá siendo su propia esencia, definió y analizó la problemática mundial sobre cuya gravedad alertó constantemente, al tiempo que levantó la antorcha de la esperanza y del diálogo para la convivencia de los hombres de paz.

Una y otra vez recorrió incansable todos los continentes con la universal curiosidad científica de un humanista convencido del inmenso potencial intelectual y moral del que el hombre dispone para superar la amenazante y compleja encrucijada actual de la humanidad.

Nos conocimos hace muchos años en Washington, cuando él ya era un líder incontestable de la industria, después de brillantes estudios y de

(1) Ricardo Díez Hochleitner es presidente del Capítulo Español del Club de Roma y miembro del Consejo Ejecutivo del Club de Roma Mundial.